

Augusto Montenegro González

Colombia en la última guerra de independencia cubana (1895–1898)*

En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al bravo español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su hogar y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes...

José MARTÍ, fragmento del *Manifiesto de Montecristi*, 25 de marzo de 1895

La situación colonial en vísperas de la guerra



n 1895 los cubanos comenzaron su tercer intento armado por independizarse de la metrópoli española, última guerra de independencia que desembocó en la llamada “Guerra hispanoamericana” por la intervención de los Estados Unidos.

Después del fracaso de la “Gran Guerra” o “Guerra de los Diez Años” (1868-1878) y de la llamada “Guerra Chiquita” (1879), las condiciones de la isla eran otras. La paz entre los cubanos en armas y el gobierno colonial fue acordada en el Pacto del Zanjón, que Madrid cumplió sólo en parte, aboliendo la esclavitud (1880) y suavizando jurídicamente el *status* colonial al darles carácter de provincias ultrama-

* Esta ponencia es una versión de los capítulos finales de la obra del autor sobre la *Presencia de Colombia en las guerras de independencia de Cuba*, que está en preparación.

rinas a Cuba y Puerto Rico, con derecho a elegir diputados a las Cortes y extender a las islas las leyes sobre libertad de reuniones, asociaciones y publicaciones, así como los códigos civil, penal y mercantil que regían en la metrópoli. Aunque el anhelo independentista persistía en los veteranos de la Gran Guerra, los emigrados políticos y muchos cubanos que permanecían en su tierra, las medidas “liberalizadoras” formaban parte de un conjunto de fuerzas que actuaban más a favor de la integración cubano-española que a la ruptura. Por una parte, españoles y cubanos competían en las elecciones, aparentemente en igualdad de condiciones a través de los respectivos partidos políticos¹ que se crearon, y muchas de las leyes regían por igual en metrópoli y colonia. Paralelamente, el hispanismo fortalecido atraía a las élites intelectuales y literarias de Cuba y Puerto Rico. Sobre todo, los lazos de una buena parte de la sociedad cubana se estrechaban con la metrópoli por la creciente y continua inmigración de españoles de Galicia, Asturias e Islas Canarias a Cuba, trabajadores y solteros en su mayoría, que formaban sus hogares en la isla al casarse con cubanas de origen español y organizaban centros y asociaciones regionales.

Sin embargo, al comenzar el último decenio del siglo, varias medidas liberales fueron suprimidas y, como la legislación electoral favorecía al partido Unión Constitucional, los autonomistas acordaron el retraimiento en las elecciones con la subsecuente ausencia de representación en las Cortes. A la vez, perdían seguidores y el atractivo de su ideario de años antes, por su fidelidad a España, mientras, paradójicamente, el gobierno, las Cortes y los militares los acusaban de separatistas.

Finalmente, la colonia más rica de lo que quedaba del imperio español aún se encontraba en proceso de recuperación de las ruinas económicas ocasionadas por la Guerra de los Diez Años y de la posterior crisis de 1884. Las inversiones norteamericanas en los ingenios-centrales, comenzadas en el decenio de los ochenta, no alcanzaban a competir significativamente con las inglesas, españolas y cubanas. Pero más de la mitad de las exportaciones de la isla iba hacia los Estados Unidos y esta subordinación generó una nueva crisis en 1894, cuando Washington impuso alto arancel a las importaciones de azúcar. Crisis económica, crisis del autonomismo y radicalización

1 El Partido Liberal, fundado en 1878 y que después se proclamó Autonomista, estaba compuesto por cubanos partidarios de una libertad similar a la de Canadá con respecto a Gran Bretaña: “Libertad dentro de España”. Enfrentado a los liberales autonomistas, se fundó en el mismo año el Partido Unión Nacional, compuesto por españoles y cubanos radicalizados a favor del “integrista”: “Sumisión a España”.

de los integristas españoles dieron más fuerza al nuevo proyecto independentista que se gestaba desde 1892.

José Martí: el "Apóstol" de la independencia

La gesta emancipadora se fraguaba en el exterior, con los veteranos de la Gran Guerra y con una nueva generación, todos en el exilio. El artífice de la independencia fue José Martí. Prácticamente desconocido en Cuba porque pasó en el destierro más de la mitad de sus cuarenta y dos años de vida, llegaría a convertirse en el "Apóstol" de la independencia y el símbolo de la patria cubana por su profundo patriotismo, su elevada talla intelectual e ideológica y su riqueza de pensamiento ético. "Fue sólo con el retorno del gran contingente de emigrados [desde la terminación de la guerra] que el nombre y la importancia de Martí se volvieron populares para gran parte de la población cubana", hasta adquirir esa omnipresencia de que también nos habla Ottmar Ette en su reciente y original obra².

Hijo de españoles, nació en La Habana en 1853 y a los dieciséis años —cuando se desarrollaba la Guerra de los Diez Años— sufrió el presidio por una carta en que criticaba a un compañero por ingresar en el ejército colonial. Desterrado a España, estudió y trabajó, graduándose en Derecho y en Filosofía y Letras. Desde entonces y salvo un breve estadía en Cuba, vivió en diferentes países hasta que se radicó en Nueva York, en 1880. Allí fue cónsul de Argentina, Paraguay y Uruguay, y corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, como lo había sido de *El Federalista* de México, hasta que sus escritos le ganaron la hostilidad de Porfirio Díaz.

Escritor fecundo y polifacético, orador y poeta, Martí publica *La Edad de Oro*, revista infantil que acerca a los niños con singular pedagogía a los grandes personajes, hechos y pueblos de la historia. Escribe sobre figuras y obras literarias y artísticas de varias naciones americanas. Por ejemplo³, analiza con admiración la obra de Rafael Pombo pero no comparte los puntos de vista de José María Vergara y Vergara en

2 Ottmar ETTE, *José Martí. Apóstol, poeta, revolucionario: una historia de su recepción* (México: UNAM, 1995), pp. 33 y 35. La traducción al castellano es del profesor Luis Carlos Henao de Brigard, del Departamento de Literatura de la Universidad Javeriana.

3 José MARTÍ, *Obras completas*, vol. 7 (La Habana: Editora Nacional de Cuba, 1963), pp. 403–423. En estas páginas se encuentran también otros trabajos de crítica, como "Guerra literaria en Colombia: *El joven Arturo*, de R. McDouall", y "*La escuela*, de Santiago Pérez".

su *Historia de la literatura colombiana*. Conmueve con sus *Versos sencillos*, *Ismaelillo* y *Los zapaticos de rosa*, que cuatro generaciones de cubanos han recitado en sus años escolares. Admira también a escritores y pensadores estadounidenses, como Ralph W. Emerson y Walt Whitman; conoce las ideas de James; el pensamiento de Washington y Jefferson figura en su filosofía política, y trabaja de crítico de arte en el periódico *Sun*, de Nueva York. Pero estas amistades e influencias norteamericanas no lo ciegan. Con agudeza y sensibilidad social describe la vida cotidiana de los obreros, la injusticia y los problemas laborales que se esconden bajo el gran desarrollo industrial de los Estados Unidos y, al tiempo, elogia lo que en su opinión es digno de imitación. Analiza con realismo y preocupación la Primera Conferencia Internacional Americana de 1889 y teme a la expansión estadounidense sobre el Caribe. Según la acertada expresión del intelectual José Ignacio Lasaga,

la frase que mejor sintetiza la actitud de Martí hacia los Estados Unidos es quizás aquella en que compara al gran presidente que dio libertad a los negros con un aventurero que, a fines del siglo XIX, propugnaba la anexión de los estados del norte de México a los Estados Unidos: "Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting"⁴.

Martí antillano

El carácter internacional de este Encuentro de las Culturas del Caribe justifica dedicar unas líneas más a la figura cuyo pensamiento y cuyos sentimientos trascienden las costas cubanas. Martí se proclama hijo de América, de "Hispano-América" o de "Nuestra América", como las llamó siempre. Escribe sobre todas las repúblicas hermanas que visita o que conoce por sus lecturas. Mantiene copiosa y cálida correspondencia con sus amigos venezolanos, puertorriqueños, mexicanos, costarricenses, guatemaltecos, argentinos y otros suramericanos, y también con estadounidenses, como ya se ha dicho. Pero su predilección son "las tres Antillas que se abrazan bajo las olas del mar". Está convencido de que Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo (nombre

4 José I. LASAGA, *Vidas cubanas II* (Miami: Ediciones Universal, 1988), p. 279. Martí escribió esa comparación en una carta a *The Evening Post* fechada el 25 de marzo de 1889. Ver: *Obras completas*, op. cit., vol. 1, p. 237.

entonces de la República Dominicana) han de proseguir por su historia común hacia un destino unitario que las fortalezca e impida que caigan bajo la expansión norteamericana. Por ello se acerca a sus dirigentes.

A raíz de la publicación del *Catecismo democrático* del gran pensador, educador y sociólogo Eugenio María de Hostos, Martí califica a su autor de “hermosa inteligencia puertorriqueña cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje, en las cortes españolas, y cuya dicción sólida y profunda anima hoy las columnas de los periódicos de Cuba Libre y Suramérica que se publican en Nueva York”. A continuación describe y analiza párrafos fundamentales de la obra del eminente intelectual y patriota “que ha hecho causa común con los independientes cubanos”⁵.

Años más tarde, escribe al doctor Ramón Emeterio Betances, la otra gran figura patriótica de Puerto Rico, exiliado en París: “Yo sé que no hay para Vd. mar entre Cuba y Puerto Rico, y siente Vd. en su pecho los golpes de las armas que hieren a los nuestros”. Y le pide su ayuda valiosa para que organice en París un grupo activo que auxilie a la guerra independentista: “¿Qué americano honrado se resistirá a su voz noble?”⁶.

En cartas al dominicano Máximo Gómez, heroico general de la Guerra de los Diez Años ya retirado en su patria, Martí lo invita a asumir la jefatura militar de la nueva gesta independentista. Pero donde su pluma expresa con más emoción sus ideas y sus sentimientos caribeños es en el homenaje que rinde a la memoria del educador y autonomista puertorriqueño Baldorioty Castro: “...las tres Antillas que han de salvarse juntas o juntas perecer, las tres vigas de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo”⁷.

La guerra independentista

Compartiendo el trabajo para sustentarse, Martí preparó la “guerra generosa y breve”, como la llamara. En 1892 fundó el periódico *Patria* y el Partido Revolucionario

5 MARTÍ, “Catecismo democrático”, en: *El Federalista*, 5 de diciembre de 1876. Ver: *Obras completas*, vol. 8, op. cit., pp. 53 y 54.

6 *Ibid.*, vol. 8, pág. 55. Betances aceptó y como representante de la Cuba en armas en la capital francesa prestó invaluables servicios y recaudó importantes sumas para la guerra.

7 MARTÍ, “Las Antillas y Baldorioty Castro”, en: *Patria*, 14 de mayo de 1892. Ver: *Obras completas*, vol. 4, op. cit., p. 406.

Cubano en Nueva York, “para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico”⁸. Y el 10 de abril a la misma hora “se pusieron en pie todas las asociaciones que mantienen fuera de Cuba y Puerto Rico la independencia de las Antillas, y todas proclamaron constituido por la voluntad popular y completo por la elección de los funcionarios que establece, el Partido Revolucionario Cubano, creado por las emigraciones...”⁹. Éstas lo habían elegido delegado del Partido y en esta posición dirigente Martí demostró gran capacidad de organización y poder de convocatoria. Atrajo a los veteranos de la Gran Guerra que inicialmente desconfiaban del joven abogado y escritor, logrando aunar criterios y voluntades y superar las diferencias generacionales y las rivalidades entre algunos militares de la fracasada guerra emancipadora. Reclutó hombres, compró armas y municiones y contrató barcos norteamericanos para llevarlas a Cuba. El dinero lo obtuvo de varios cubanos ricos, de las agrupaciones de simpatizantes en Hispanoamérica y los Estados Unidos y, sobre todo, del generoso aporte de los trabajadores cubanos de las fábricas de Cayo Hueso y Tampa, para quienes fue su gran líder.

Martí se reunió con el general Máximo Gómez en Santo Domingo y de acuerdo con las órdenes que impartió, los pequeños grupos organizados se alzaron en varias poblaciones orientales de Cuba (24 de febrero de 1895). Después de un arriesgado viaje desembarcaron Martí y Gómez; poco antes había llegado el general Antonio Maceo. Pronto Maceo manifestó sus discrepancias con Martí y en una reunión quedaron ratificados Máximo Gómez como generalísimo de los ejércitos libertadores y Antonio Maceo como su lugarteniente. A los pocos días murió Martí en una escaramuza sin relevancia, “de cara al sol”, como expresa en sus versos. Imprudencia o más bien suicidio para dar el último testimonio de sus ideales y convicciones, según consideraciones del cronista y combatiente en la guerra, general José Miró Argenter, y de no pocos de los biógrafos y escritores martinianos. Así lo recuerda Guillermo Cabrera Infante en el prólogo de la reciente publicación *Diarios de José Martí*¹⁰.

La muerte de Martí no detuvo el impulso de su obra. Pero privó a la rebelión de su autoridad civil más distinguida y respetada y, sin él, los generales Gómez y Maceo

8 “Bases del Partido Revolucionario Cubano, art. 1º”, en: Ramiro GUERRA *et. al.*, *Historia de la nación cubana*, tomo VI (La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952), p. 136.

9 *Ibid.*, p. 142.

10 *Diarios de José Martí* (Madrid: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1998).

organizaron un gobierno revolucionario que no interviniera en las operaciones militares sino cuando fuera estrictamente necesario para la consecución de otros objetivos políticos¹¹. “Ambos reconocían la necesidad de una organización política que pudiera obtener aceptación internacional y ayuda militar. Pero no habían olvidado las rencillas destructivas [...] de la Guerra de los Diez Años”¹². En la población camagüeyana de Jimaguayú, los jefes de los cuerpos militares reunidos en asamblea aprobaron una Constitución y crearon el Consejo de Gobierno de la República de Cuba. Eligieron presidente a Salvador Cisneros Betancourt, rico hacendado que había combatido en la guerra anterior, ratificaron a Tomás Estrada Palma (quien había sucedido a Martí) como delegado del Partido y representante de la república en el exterior, y confirmaron a Máximo Gómez en la jefatura suprema del Ejército libertador y a Antonio Maceo como lugarteniente general.

Gómez tenía cincuenta y cinco años y lo llamaban cariñosamente “El Viejo”; era áspero, imperativo al hablar, aun cuando conversaba amistosamente, y muy exigente de la disciplina. Este severo militar, famoso por sus cargas al machete, tuvo gran aprecio a Martí y nos dejó un valioso testimonio de la guerra, su *Diario de campaña*, escrito en bello estilo, con imágenes y colorido. Maceo, de cincuenta años, valiente y arrojado en la lucha, iba siempre a la cabeza de sus hombres. Por su contextura física, de alta estatura, el color de su piel y sus hazañas, se lo apodó el “Titán de Bronce”. Debido a su origen humilde había cursado solamente la primaria, de modo que fue prácticamente autodidacta. Su pasión por independizar a Cuba nació con el patriotismo y el temple que Mariana Grajales les inculcó a sus once hijos varones. Todos pertenecieron al Ejército libertador y ocho de ellos murieron en la guerra. Maceo era muy cortés, pero tenía explosiones coléricas en el combate ante “cualquier manifestación de pánico o el más leve indicio de temor en la defensa de una posición... ¡qué miradas de desprecio...! Esas miradas producen más estragos que las descargas enemigas”¹³. No obstante, sus hombres lo admiraban y querían entrañablemente.

El ejército, aunque pequeño en número, estaba organizado igual que los ejércitos regulares de su época y con oficiales jerarquizados. En el año 1895, la columna in-

11 Luis E. AGUILAR, “Cuba, 1860–1934”, en: Leslie BETHELL (ed.), *Historia de América Latina*, vol. 9 (Barcelona: Crítica, 1989), p. 218.

12 *Ibidem*.

13 José MIRÓ ARGENTER, *Cuba: crónicas de la guerra* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1968, segunda edición [La Habana: 1909, primera edición]), pp. 721 y 722.

vasora al mando de Antonio Maceo recorre impetuosa y triunfadora desde Oriente hasta la más occidental de las provincias, Pinar del Río, unas 424 leguas (1.798 kilómetros), en tres meses: noventa y dos días. Por la extensión recorrida en tan corto tiempo, los veintisiete combates librados, el armamento obtenido en las victorias y el valor de Maceo y los cuatro mil hombres que se abrieron paso entre más de cien mil soldados enemigos, la invasión de los libertadores es considerada una de las campañas militares más audaces del siglo XIX¹⁴. El capitán general Arsenio Martínez Campos, pacificador de la Guerra de los Diez Años, llamado nuevamente para enfrentarse a los insurrectos, tiene que retroceder hasta La Habana; ante el fracaso, el gobierno metropolitano le acepta la renuncia y lo sustituye por Valeriano Weyler, militar conocedor de la isla pero sin la alta moral de su antecesor.

El nuevo capitán general ordena la *reconcentración* de los campesinos de las regiones occidentales en las ciudades para evitar su ayuda a los *mambises*¹⁵, como se denominaban los libertadores. Se suceden el hambre, las enfermedades y la muerte. La crisis económica de la isla agrava la devastación ya sufrida por la tea revolucionaria que incendiaba los cañaverales para impedir la zafra y ganar combatientes entre la población rural. Sin embargo, muchos no se unieron a los libertadores, sino a las partidas de *guerrilleros*, nombre dado a los cubanos que combatían paralelamente al ejército español.

Al finalizar 1896, murió Maceo en un encuentro accidental con una columna española, en Punta Brava, límite en aquella época de la provincia pinareña con la de La Habana. Los triunfos de Maceo se conocían en Estados Unidos, Europa y América Latina, de modo que su muerte conmovió a los simpatizantes de la causa cubana, dio lugar a manifestaciones de pesar y su recuerdo perduró durante todo el final del siglo y comienzos del XX.

A Maceo lo sucedió en el mando del cuerpo occidental el general puertorriqueño Juan Rius Rivera, quien desde antes era su lugarteniente. La guerra continuó devastando campos y destruyendo vidas de jóvenes peninsulares y cubanos. El gobierno

14 Emilio ROIG DE LEUCHSENDRING, en la "Nota preliminar" del libro de René E. REYNA COSSÍO, *Estudios histórico-militares sobre la guerra de independencia de Cuba* (La Habana: Oficina del Historiador de la Ciudad, 1954).

15 Nombre que dieron despectivamente los soldados españoles a los cubanos insurrectos, por la manera de combatir, y que éstos asumieron posteriormente como identificación enaltecida. La palabra *mambí* significa cría de monos o de buitres y parece de origen africano.

metropolitano de Cánovas del Castillo estaba decidido a “conservar a Cuba hasta el último hombre y la última peseta”, mientras en la isla imperaban la persecución y la falta absoluta de libertades.

El asesinato del ministro Cánovas —el 8 de agosto de 1897— y el envío de una nota del gobierno estadounidense sobre los crímenes de la guerra aceleraron la caída de los conservadores y la ascensión de un gabinete liberal presidido por Práxedes Mateo Sagasta, que destituyó a Weyler y concedió a Cuba y a Puerto Rico la autonomía largamente reclamada, aunque demasiado tarde: el gobierno y los generales libertadores no aceptaron; tampoco los españoles integristas. En La Habana y otras ciudades ocurrieron graves disturbios. Si bien el 1º de enero de 1898 se instaló el gobierno autonomista, el ambiente en Estados Unidos se mostraba favorable a la intervención para acabar con la guerra. Con gran despliegue periodístico se divulgaban los testimonios y las fotos de la población civil víctima de la reconcentración ordenada por Weyler.

Aunque no hay guerras generosas —como soñaba Martí—, el ejército libertador no ajusticiaba a los prisioneros; los devolvía, haciendo cambiar la imagen cubana que tenían muchos soldados españoles y desmoralizando a las fuerzas coloniales. Éstas cada día se veían diezmadas por la fiebre amarilla y el desconocimiento del territorio que facilitaba sus derrotas. Los cubanos no lograban la victoria definitiva, pero los españoles tampoco, a pesar de la superioridad numérica: entre mayo de 1895 y junio de 1898, las fuerzas españolas enviadas y las establecidas sumaban 204.688 hombres¹⁶. Los libertadores nunca fueron más de cincuenta mil hombres. De las fuerzas coloniales, murieron en combate a consecuencia de las heridas y, sobre todo, de enfermedades un total de 55.600 hombres¹⁷. Estas cifras apoyan las tesis de la mayoría de los historiadores cubanos de que los libertadores estaban ganando la guerra.

16 “Desde el 4 mayo de 1895 —según *La Estafeta*— hasta el 30 de junio de 1898 [...] en cuanto a efectivos militares, se enviaron, en distintas expediciones a lo largo de la campaña, 180.431 soldados, 6.222 oficiales, 6.015 jefes, y 20 generales. Sumándoles los 12.000 que guarnecían la isla al estallar la guerra, la cifra del ejército en Cuba se elevó a 200.000”. Ver: Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Historia política de la España contemporánea*, vol. 2 (Madrid: Alianza, 1969), p. 151. Datos reproducidos en Hugh THOMAS, *Cuba: la lucha por la libertad*, vol. 1 (Barcelona/México: Grijalbo, 1973), p. 536.

17 De fiebre amarilla, 13.313; de otras enfermedades, 40.127; a consecuencias de las heridas, 786, y en combate, 1.374. Ver: FERNÁNDEZ ALMAGRO, *op. cit.*, pp. 151–152.

El desenlace: la Guerra Hispanoamericana

Los hechos precipitaron la intervención estadounidense temida por Martí, pero anhelada por infinidad de cubanos en los Estados Unidos en la isla; entre los libertadores, Máximo Gómez. Las presiones de la prensa y del sector de los guerreristas encabezados por el subsecretario de Estado Teodoro Roosevelt, así como las crecientes pérdidas comerciales, decidieron la "visita amistosa" del acorazado Maine. La misteriosa explosión del acorazado, el 15 de febrero, enardeció los ánimos en Estados Unidos y España. El nacionalismo exaltado de fin de siglo aceleró el conflicto. El presidente McKinley, que en principio parecía no desear la guerra, no pudo resistir la creciente presión de intereses y sentimientos muy distintos pero convergentes: la prensa, los neoimperialistas, la simpatía del pueblo estadounidense hacia los cubanos, la subestimación anglosajona de muchos hacia la "inferior cultura latina". Para los neoimperialistas o guerreristas, "el interés prioritario sobre Cuba era su posición estratégica para construir bases que asegurasen el predominio militar en el Caribe y protegiesen el futuro canal interoceánico, ya en vías de negociaciones que se aceleraron a partir de 1899"¹⁸. No hay que sobreestimar la importancia de los capitales norteamericanos invertidos en Cuba ni considerar que la protección a ellos fue el móvil decisivo de la guerra y la posterior ocupación, porque los ingleses tenían el primer lugar entre todos los inversionistas y así fue hasta 1914; además, la inversión estadounidense representaba menos del 30% de la producción azucarera.

Los esfuerzos de las cancillerías y las embajadas de las potencias europeas y del papa León XIII no pudieron evitar la guerra. El presidente McKinley envió un ultimátum a España para poner fin al conflicto dentro de la isla y el gobierno regente de María Cristina de Habsburgo cedió a las exigencias y concedió una tregua que fue rechazada tanto por los cubanos en armas como por los integristas españoles. No obstante, para evitar las críticas de su partido y el posible triunfo de los demócratas en las elecciones, McKinley subestimó las concesiones hechas por el gobierno español y remitió al congreso un mensaje que implicaba la guerra. El 16 de abril, el Senado aprobó

18 Cfr. mi trabajo: "Ejércitos, partidos políticos e intervenciones norteamericanas en Cuba (1899-1959)", en: *Universitas Humanistica*, N° 17 (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Filosofía, marzo de 1982), pp. 7-90. La cita es de la página 8, y las expresiones siguientes de las páginas 8 y 9. La información se apoya en las estadísticas de Óscar Pino Santos, *El asalto a Cuba* (Buenos Aires: Eudeba, 1974).

una *Resolución*, por sesenta y siete votos contra veintiuno, como destaca el gran historiador Emilio Roig de Leuchsenring, en la que se declaraba que el pueblo de Cuba debía ser libre e independiente y que los Estados Unidos reconocían a la República de Cuba como el gobierno legal y verdadero de la isla; pero la cámara suprimió esta segunda parte y una comisión mixta se inclinó por el pronunciamiento de la cámara. Finalmente, el 20 de abril de 1898, el presidente sancionó la *Resolución conjunta* definitiva, que en su artículo primero proclamaba: "El pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente"; y en el último expresaba: "Que los Estados Unidos por la presente declaran que no tienen intención de ejercer soberanía, jurisdicción o dominio sobre dicha isla [...] y afirman su decisión de que, una vez lograda la pacificación, dejarán el gobierno y el dominio de la isla a su pueblo"¹⁹. Ni McKinley ni el congreso reconocieron a ningún gobierno cubano, ni al de la república en armas ni al autonómico recién instalado. No querían compromiso alguno²⁰.

Los Estados Unidos lanzados por vez primera a una guerra contra potencia europea, por presiones políticas y de grupos, ganó en el mar la guerra que con un pequeño e improvisado ejército difícilmente habría ganado. Su poder era naval: de ahí la rápida destrucción de la armada española, primero en la bahía de Manila, Filipinas, y después en Santiago de Cuba (3 de julio de 1898). El desembarco de infantes de marina y la toma de Santiago de Cuba fue posible por la ayuda del general Calixto García y sus hombres en Oriente. En la acción de la Loma de San Juan, para ganar popularidad, se hizo presente Teodoro Roosevelt con sus quinientos voluntarios, los *Rough Riders* (Rudos Jinetes), pero éstos tuvieron que combatir a pie. Los españoles lucharon con gran dignidad hasta que su heroica resistencia fue vencida. El 12 de agosto, España pidió el armisticio, y el 10 de diciembre, por el Tratado de París, perdió los restos de su imperio: Cuba y Puerto Rico, en el Caribe, y Filipinas y la isla de Guam, en el Pacífico. La guerra de independencia cubana la había perdido España, pero no la habían ganado los cubanos.

19 Basado en: Emilio ROIG DE LEUCHSENRING, *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* (La Habana: La Tertulia, 1960, 3ra. edición), pp. 134-137.

20 Existen diversas interpretaciones sobre las actitudes y las intenciones de McKinley. Una de las críticas más severas la hizo Herminio PORTELL VILÁ en el tomo III de su voluminosa y bien documentada *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España* (La Habana: Jesús Montero Editor, 1938-1941). Portell Vilá sustenta que el presidente estadounidense realizó un doble juego para lograr la anexión de la isla.

Años más tarde, en 1943, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos —presidida por Emilio Roig de Leuchsenring y en la que participaban otros historiadores igualmente importantes, como Ramiro Guerra y Emeterio Santovenia—, propuso y logró cambiar el nombre de Guerra Hispanoamericana por el de *Guerra Hispano-cubanoamericana*, fundamentada en la participación decisiva de las fuerzas libertadoras en la victoria. Desde 1946, por ley del congreso de la República de Cuba, en los programas y textos se denominó así la guerra de 1898. Con este nombre la estudian los alumnos cubanos desde hace más de medio siglo.

Colombianos que combatieron junto a los cubanos

Desde los años anteriores a la guerra encontramos colombianos amigos de los emigrados. En Nueva York, *Antonio Ignacio Quintana*, veterano de la Gran Guerra y casado con cubana, es amigo de Martí. El cubano le dirige una afectuosa invitación:

Diciembre 12 (1890). Mi señor Quintana: [...] Mañana nos juntamos unos cuantos conocidos a oír versos del cubano Francisco Chacón, del puertorriqueño Zeno y Ganda, y de otros poetas más, que son de los cordiales y buenos, y personas que usted quiere. Una hora de amistad y una taza de chocolate no vienen mal en una noche de invierno [...]. Su amigo José Martí.²¹

Años después escribe esta expresiva nota en el periódico *Patria*:

Cae en la nieve ajena el que no cayó a las balas del enemigo, Antonio Quintana, el colombiano que siempre nos parece nacido en Cuba, el colombiano que nos defendió a la libertad, mejora ya de la caída que le quebró un brazo. De otros brazos, se puede no hablar: ¡no de aquel piadoso que batalló por un público amigo!²²

Con especial calidez se expresa Martí del coronel payanés *José Rogelio Castillo y Zúñiga* en cartas y notas del periódico del Partido. Castillo había llegado a Cuba durante la Guerra de los Diez Años junto con otros cincuenta y nueve colombianos, en

21 MARTÍ, *Obras completas*, vol. 20, *op. cit.*, p. 377.

22 MARTÍ, *Obras completas*, vol. 5, *op. cit.*, p. 407.

la expedición del *Hornet* organizada por el ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, quien fue agente de la república en armas en el exterior, al tiempo que construyó el primer ferrocarril de Colombia y ejecutó otras valiosas obras en este país. Castillo, después de combatir en la Gran Guerra de 1868–1878, padeció prisión en las cárceles españolas de Cádiz y Chafarinas y, una vez liberado por gestiones del cónsul británico, marchó a los Estados Unidos. Se instaló en Cayo Hueso, Florida, donde trabajó como impresor y montó una fábrica de tabacos. Colaboró intensamente con Martí en la organización de los clubes de emigrados, la recaudación de dinero y la comunicación entre los jefes cubanos del exterior. En esta labor acompañó a Gómez y Maceo para reunirse con Martí en Nueva York (1884). El tono de estos párrafos de una carta de Martí es bien diciente del aprecio del Apóstol:

Diciembre 9 de 1893. Sr. Rogelio Castillo.

Mi querido Rogelio: Habré parecido a Vd. descuidado. No ha sido descuido sino angustia, y un abatimiento —por fortuna ya pasado— que Vd. mejor que nadie debe comprender [...] ¿a quién atenderé yo, sin excepción alguna, con más estimación y cariño de hombre a hombre, que a Vd.? ¡Ojalá me sea dado, en campo abierto, mostrármele digno de quererle así, y revelarle las condiciones que me permiten entender sus méritos y premiárselo como se lo premio! Callo por no parecer verboso.

Y termina con unas informaciones y encargos puntuales sobre las actividades²³. Quizás la mejor descripción de las calidades humanas de este payanés y de su generosa entrega a la independencia cubana las hace el propio Martí en *Patria*, bajo el título de “Dolor injusto”:

No tuvo Cuba en sus días verdaderos, en los días únicos de su historia que puedan recordarse sin rubor, hijo más fiel que el que nos vino de Colombia y echó raíces en Cuba por su sangre y por su matrimonio, que el teniente coronel José Rogelio del Castillo. Por su fidelidad y serena bravura, por su desinterés y juicio lo amaron sus compañeros de batalla; por el decoro del hogar que con su trabajo levantó en el destierro, por el tesón y la pureza singulares de su vida, por el calor de su corazón, y su

23 MARTÍ, *Obras completas*, vol. 2, *op. cit.*, pp. 455–456.

abnegación de sencillez sublime, lo aman como a un hermano los que lo ven vivir en esta tregua desasosegada. Ahora en el Cayo, afligido, ha cerrado los ojos la pobre compañera. Las hijas, casi recién nacidas, no quedarán sin madre. El que ayudó a hacer un pueblo es dueño de todas sus casas.²⁴

Ya en el campo cubano, Martí menciona en su *Diario* al colombiano Antonio Suárez [Lacroix], primo de Lucila Cortés, la esposa de Merchán, que cae herido en un encuentro con los españoles, se pierde y es encontrado días después pronunciando frases incoherentes²⁵.

Por su parte, Antonio Maceo, durante su exilio en Costa Rica, disfrutó de la amistad y el apoyo de varios colombianos también exiliados o radicados allí por las guerras civiles colombianas o la oposición al gobierno de la Regeneración. Su médico y amigo *Eduardo Uribe y Restrepo* lo atendió y curó cuando sufrió un atentado a manos de unos españoles intransigentes en San José (13/14 de noviembre de 1894). El hecho está relatado en las *Memorias de la guerra*, del general Enrique Loynaz del Castillo²⁶.

El coronel *Adolfo Peña* —según la misma fuente— formó parte del estado mayor de Maceo cuando desembarcó y organizó sus fuerzas; *Isidoro Noriega* era uno de los expedicionarios de la goleta *Honor* en que llegó Maceo a la isla con un grupo de combatientes²⁷. Noriega cayó prisionero y el cónsul colombiano en La Habana, Ricardo Gutiérrez Lee, gestionó el indulto que le fue concedido a fines de 1897²⁸.

Según Loynaz del Castillo, “sobresale entre todos [los del estado mayor de Maceo] por sus brillantes oratorias un hijo de Colombia que había hecho suya la causa de nuestra Independencia: el teniente coronel *Gustavo Ortega*, secretario del general Antonio Maceo”. En el banquete para festejar el encuentro con las autoridades cubanas en armas, “el discurso estelar de la noche [fue] la arenga arrebatadora del te-

24 MARTÍ, *Obras completas*, vol. 28, *op. cit.*, p. 313.

25 MARTÍ, *Diario*, días 25 y 30 de abril, pp. 225–226.

26 Enrique LOYNAZ DEL CASTILLO, *Memorias de la guerra* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989). La presentación está escrita por su hija, la célebre poetisa cubana Dulce María Loynaz, fallecida hace pocos años.

27 *Ibid.*, p. 216, referente al coronel Peña, y p. 153, sobre Noriega.

28 Comunicaciones del cónsul Ricardo Gutiérrez Lee al Ministro de Relaciones Exteriores, con fechas 27 de noviembre y 15 de diciembre de 1897. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, *Paquete Consulado de Colombia en La Habana*, 1883-1899.

niente coronel Gustavo Ortega, cuyo párrafo final aún vibra en mi memoria”. En ella Ortega hizo un paralelo entre Maceo y Páez (muy dicente es que no mencionara a Bolívar) y afirmó que en los campos de Cuba las batallas tendrían “las resonancias inmortales de Boyacá, Carabobo y Junín”²⁹. Las referencias a los héroes homéricos ponen de manifiesto el nivel cultural del secretario de Maceo.

Sin embargo, por razones no bien conocidas, en 1896 Ortega abandonó las filas libertadoras, salió de Cuba y polemizó con el delegado del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York. El periódico *El Porvenir* de Cartagena publicó sus argumentos. Para los cubanos fue una deserción que explica, quizás, por qué no se menciona a Ortega en las ya citadas *Crónicas de la guerra* de José Miró Argenter, jefe del estado mayor de Maceo.

Otro valeroso combatiente fue el artillero bogotano, de veintidós años, *Ignacio Medrano*, quien disparó el “único cañonazo naval por Cuba Libre en expedición netamente cubana”, como titula Justo Carrillo Morales uno de los capítulos de sus *Expediciones cubanas*. Carrillo formaba parte del grupo expedicionario y describe la persecución de los cruceros españoles al barco *Three Friends*, en que viajaban hacia las costas cubanas con valioso cargamento de armas y municiones, y alaba al artillero Medrano que, “por su valor y serenidad en aquellos momentos difíciles por que atravesábamos, pudo contener el avance enemigo con su magnífico disparo de nuestro cañón Hotchkins” (26 de diciembre de 1896)³⁰. Medrano combatió en el cuerpo del departamento Occidental y llegó al grado de Teniente Coronel. Finalizada la guerra permaneció en Cuba, donde formó su hogar y ejerció funciones públicas en Pinar del Río.

Cabe recordar que las expediciones cubanas con armas y municiones, así como de pequeños grupos que iban a combatir, tenían que burlar la vigilancia de las autoridades estadounidenses debido a la neutralidad del gobierno de Washington. Con grandes riesgos, hombres y armas eran llevados en lanchas y botes desde la costa hasta los barcos situados en altamar. A pesar de ello, la Delegación de Nueva York logró enviar treinta y tres expediciones desde el comienzo de la guerra hasta la voladura del Maine en febrero de 1898. En cambio, desde que Estados Unidos declaró la guerra a España, no hubo impedimentos y en cuatro meses salieron legalmente de los puertos norteamericanos unas trece expediciones.

29 LOYNAZ DEL CASTILLO, *op. cit.*, pp. 216–217.

30 Justo CARRILLO MORALES, *Expediciones cubanas* (La Habana: Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., 1930), p. 73.

Posiblemente la más conocida participación colombiana en los campos de batalla cubanos es la de *Avelino Rosas*, por su protagonismo en las guerras civiles de Colombia. Desterrado en Curazao, recibió la invitación de Maceo para acompañarlo en la lucha independentista. Pasó a Estados Unidos y llegó a Cuba, el 25 de marzo de 1896, en la expedición del prestigioso general cubano Calixto García, el mismo que facilitó el desembarco de los norteamericanos en Oriente y experimentó después la humillación de no poder entrar con sus hombres victoriosos en la ciudad de Santiago de Cuba. A *Avelino Rosas* se le reconoció pronto el grado de general de brigada y fue designado jefe de los regimientos de infantería del territorio de la entonces provincia de Camagüey, donde con arrojo y bravura obtuvo varios triunfos.

La prensa bogotana publicó noticias de su participación en la guerra y el propio *Rosas* escribió a su familia:

La guerra aquí es completa destrucción; sólo estando uno en ella la puede apreciar y tan impetuosa es que los cincuenta mil voluntarios, a que apenas asciende nuestro ejército, tenemos derrotado al ejército español, compuesto de más de cien mil veteranos. Yo suponía que sólo los colombianos éramos soldados épicos. Éste es un error. Aquí hay un Antonio Maceo tan grande como Páez, y a su sombra ininidad de héroes que parecen de leyenda: he tenido la ocasión de verlos en la lucha...³¹

Posteriormente, el generalísimo Máximo Gómez lo ascendió a general de división y lo envió a la provincia de Matanzas. Pero allí *Rosas* pasó de las victorias y las alabanzas “al aislamiento y el desdén de los propios revolucionarios”³², porque en el nuevo territorio, demasiado llano y desconocido para él, tuvo que enfrentarse con escasos recursos de guerra a fuerzas españolas superiores y a numerosos “guerrilleros”, al igual que a la desobediencia de sus hombres. Las intrigas agudizaron la situación: acusado de crueldad por su estilo de disciplina y mando, fue destituido e incorporado al cuartel general, hasta que terminó la guerra y solicitó el licenciamiento. Pasó dos años reponiéndose en Cuba y regresó a Colombia, donde —como es conocido— luchó con iguales convicciones liberales y arrojo en la Guerra de los Mil Días, hasta que fue asesinado al caer prisionero.

31 Jorge QUINTANA, “Avelino Rosas Córdova (1856–1901)”, en: revista *Bohemia* (La Habana: 15 de abril de 1956), pp. 116–120.

32 LOYNAZ DEL CASTILLO, *op. cit.* p. 430.

En el campo de batalla volvemos a encontrar a *José Rogelio Castillo Zúñiga*, sin duda el más sobresaliente de los colombianos en la independencia de Cuba tanto por sus acciones y servicios militares como por su callada y generosa entrega a la lucha independentista. Desde su desembarco en la expedición de Carlos Roloff (24 de julio de 1895) combatió a las órdenes de éste con el grado de general de brigada en la región de Las Villas. Los testimonios de la guerra libertadora hablan de sus acciones. Loynaz destaca los grandes servicios prestados con previsión, desinterés y sin ambiciones personales³³. En las Crónicas de Miró y en la lista de los expedicionarios no se menciona su nacionalidad de origen: lo veían y sentían como cubano. El generalísimo Máximo Gómez dio muestras de su plena confianza en él, especialmente en momentos difíciles en que le impartió órdenes de restablecer la disciplina entre todos los jefes y oficiales de un regimiento: “Con su tacto y su ejemplo de honor y decoro...”³⁴.

Cuando terminó la guerra, Castillo recibió el grado de general de división e inspector del Departamento Occidental y vivió en Cuba, con sus hijas, hasta su muerte en 1925. Fue el único latinoamericano que combatió en las tres guerras emancipadoras y escribió el libro *Para la historia de Cuba. Apuntes autobiográficos del general José Rogelio Castillo*, editado en 1910 y reeditado en 1972 con el título *Autobiografía del general José Rogelio Castillo*. “El libro relata en forma sencilla, clara y amena, sin retórica alguna, su vida y su participación en las guerras cubanas, en la prisión y en el destierro”³⁵. En el “Apéndice” transcribe numerosas comunicaciones militares entre él y sus superiores y cartas personales, que enriquecen el acervo testimonial sobre las campañas de independencia. “La *Autobiografía* del entonces capitán José Rogelio Castillo constituye la única fuente sobre este hecho [la expedición colombiana a Cuba, en 1870, en la guerra de los Diez Años] de solidaridad colombiana con los cubanos en lucha por su libertad”.

Hasta aquí los más conocidos oficiales por la importancia demostrada en el combate y al frente de regimientos y brigadas. Pero hay más que expusieron su vida junto a los libertadores y cuyos nombres con algunos datos se encuentran en el *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador de Cuba*, del mayor general Carlos Roloff,

33 *Ibid.*, p. 484.

34 *Ibid.*, p. 482.

35 Ésta y las citas siguientes sobre Castillo corresponden al trabajo del autor *Presencia de Colombia en las guerras de independencia de Cuba*, lectura de posesión en la Academia Colombiana de Historia el 5 de marzo de 1996 publicada en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, N° 793 (abril, mayo y junio de 1996), pp. 323–355. Sobre Castillo en particular, pp. 331–339.

editado en 1901. También en la mencionada correspondencia del cónsul de Colombia en La Habana aparecen las gestiones diplomáticas para lograr la excarcelación y la repatriación de varios colombianos apresados por conspirar a favor de la independencia o por haber caído prisioneros en los combates.

El Estado colombiano ante la independencia cubana

En el ámbito oficial no hubo apoyo alguno del gobierno del vicepresidente en funciones del poder ejecutivo Miguel Antonio Caro. Ni de ningún otro gobierno latinoamericano, excepto el de Ecuador, cuyo presidente Eloy Alfaro se dirigió por carta a la reina regente pero no obtuvo ni siquiera una respuesta de cortesía. La situación internacional no era la de los años setenta y podría decirse que España había “reconquistado” sus antiguas colonias, por los lazos lingüísticos, los intercambios literarios y una hábil diplomacia que sometía los problemas limítrofes entre varias repúblicas al arbitraje de la regente María Cristina. “Reconquista” favorecida por el recelo a la penetrante cultura anglosajona y la expansión estadounidense en el Pacífico.

Colombia fue el penúltimo Estado reconocido por España (tratado del 30 de enero de 1881), y el tratado adicional de paz y amistad (28 de abril de 1894) la obligó a observar la neutralidad en el conflicto de la nación amiga con su colonia de Cuba. De ahí que, mediante resolución del 9 de noviembre de 1895, el gobierno prohibiera toda organización, reunión o suscripción de fondos para ayudar insurrecciones en el exterior, y las suscripciones para ayuda a los heridos en tierra extranjera serían autorizadas únicamente bajo la inspección del ministerio de Gobierno, a fin de garantizar que fuesen destinadas a ese fin humanitario³⁶.

La simpatía por los insurrectos cubanos originó un debate en la cámara de representantes de 1896, en la que solamente un liberal representaba a su partido frente a la mayoría conservadora, muchos de línea nacionalista. El general Rafael Uribe Uribe presentó la proposición de

consignar en acta un voto de simpatía calurosa hacia los patriotas cubanos que están esforzándose por llevar a cabo la independencia de la Grande Antilla, y el deseo de la cámara de que la guerra actual, tan ruinoso para España como para Cuba,

36 Raimundo RIVAS, *Historia diplomática de Colombia. 1810-1934* (Bogotá: Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, 1961), p. 565.

se termine pronto y honrosamente para entreambas por medio de tratados que aseguren a la una dicha e independencia, y a las dos ventajosas relaciones de amistad y comercio.³⁷

Eduardo Santa, académico y biógrafo de Uribe, afirma que la proposición era prudente en extremo, pues no comprometía los intereses de Colombia, pero que “la polémica fue dura, franca, violenta, a veces con períodos de brillantez y escenas conmovedoras”, por la hostil oposición del ministro de Relaciones Exteriores Jorge Holguín, y que “el doctor Uribe duró cinco días consecutivos hablando del derecho que asistía al pueblo cubano”³⁸.

Con datos bien documentados, extraordinaria elocuencia y una argumentación original y satírica, recordó la actuación del gobierno en 1870 a favor de los cubanos y el proyecto de ley del hermano del ministro de Relaciones Exteriores, y comparó las condiciones de Cuba con las repúblicas hispanoamericanas para demostrar su alto nivel humano, político y económico.

Nadie negará, pues, a Cuba su derecho a independizarse, si se compara su capacidad política con la de los países hispanoamericanos que actualmente viven como naciones libres. Mas ¿cuánto mayor resulta ese derecho si se compara la Cuba de hoy con lo que eran los países del continente en 1810, cuando creyeron justo y bueno proclamar su emancipación?...

Para sortear la acusación de que ponía en peligro los intereses colombianos, dijo:

Nuestros antepasados en la guerra magna no hicieron, y los cubanos ahora no hacen sino seguir el ejemplo de España, inspirándose en su historia y dejándose llevar por el impulso de la sangre. En justicia, España, que así nos formó a todos, no puede quejarse de que así procedamos: es ella la que faltó a la lógica y no los hispanoamericanos.³⁹

37 Eduardo SANTA, *Rafael Uribe Uribe. Un hombre y una época* (Bogotá: Bedout, 1968), p. 116.

38 *Ibid.*, pp. 117–118.

39 *Anales de la Cámara de Representantes*, N° 67, jueves 19 de noviembre de 1896, p. 646; Rafael URIBE URIBE, *Discursos. Cámara de Representantes. 1896*, tomo 1 (Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1977), pp. 174 y 178.

Y concluyó su discurso con un vibrante grito: "¡Viva Cuba Libre!".

De inmediato varios representantes presentaron otra proposición que fue aprobada y por la cual la cámara no volvería a admitir a debate cuestión alguna que tuviese que ver con la lucha de Cuba. Implícitamente, la de Uribe quedaba denegada, pero él con gran sarcasmo sometió a la consideración de la Cámara el texto siguiente:

En consecuencia de lo que acaba de aprobarse, la Cámara es de opinión que fue un positivo error el que cometieron los próceres de nuestra emancipación al romper los lazos que ataban el país a la Metrópoli española y se permite excitar al poder ejecutivo para que entable negociaciones a fin de volver la Patria al estado de colonia y arregle la indemnización de perjuicios causados a España por nuestra injustificable conducta.

Obviamente, la presidencia rechazó la proposición, que sí fue estrepitosamente aplaudida por la barra⁴⁰.

Pero Rafael Uribe no estuvo solo en el debate. Varios conservadores de la cámara se mostraron a favor de la proposición de simpatía a Cuba y doce de ellos votaron contra la moción final que enterró la proposición de Uribe. Con anterioridad a la votación, los conservadores Guillermo Valencia y Rufino Cuervo Márquez habían intervenido. El maestro Valencia expresó que anhelaba "la emancipación de la isla por tres motivos: como americano, como miembro de la causa republicana y como cubano por uno de mis más próximos ascendientes". Continuó exponiendo que el voto de simpatía a los cubanos no perjudicaba los intereses de los colombianos y que el proceso de Cuba era fruto de la lógica histórica. El representante Rufino Cuervo Márquez se manifestó a favor de la proposición de Uribe por considerarla de justicia y conveniencia y planteó que la noble causa de Gómez y Maceo era "la misma por la cual pelearon hace lustros Bolívar, San Martín, Hidalgo, O'Higgins"⁴¹.

Cuervo Márquez fue más enfático en la sesión siguiente, el 2 de septiembre de 1896, cuando afirmó:

...¿Se pretende acaso que sólo los liberales pueden manifestarse amantes de la libertad y servidores de la República? ¿Existe alguien bastante osado para afirmar

40 URIBE URIBE, *op. cit.*, pp. 180 y 181.

41 Sesión del 24 de agosto reseñada en *El Correo Nacional* del 26 de agosto de 1896.

que la República que ha de nacer en Cuba tiene necesariamente que ser enemiga de nuestras instituciones y de nuestra Patria y que así los conservadores no debemos declarar nuestra simpatía a Masó, a Gómez, a Maceo y a miles más que hoy trabajan por hacer libre el suelo sobre el cual se levantan sus hogares?⁴²

Finalmente expresó que, si a algunos les parecía extraño que apoyara la proposición suscrita por un representante radical, recordaba que quizás su voz había sido la primera en levantarse en la prensa de Bogotá para vitorear la revolución cubana. Por su parte, el maestro Valencia dijo brevemente que apoyaba gustoso la proposición de Uribe porque él anhelaba haberla presentado y explicó que al actuar de esa manera no rompía la disciplina del partido conservador⁴³.

La gratitud cubana al general Rafael Uribe no pudo tener más profunda expresión que la del general Antonio Maceo al obsequiarle su propia espada, poco antes de su muerte. Uribe la recibió en Costa Rica, donde se encontraba exiliado.

La solidaridad de la prensa colombiana

Frente a la negativa del ejecutivo y del legislativo a expresar oficialmente su simpatía a la causa cubana, los periódicos, diarios y revistas no demoraron en manifestarse frente al conflicto y mayoritariamente a favor de la independencia. Entre los más combativos figuran *El Heraldo*, *Los Hechos*, *El Republicano*, *La Crónica*, todos de Bogotá. Los dos primeros abundan en noticias y artículos breves sobre la cuestión cubana. En todos, por convicciones liberales y por oposición al gobierno nacionalista, la neutralidad se convierte en punto débil del mismo y la crítica a España encierra un ataque a Miguel Antonio Caro. En varias de estas publicaciones seriadas, los directores y redactores recalcan que la simpatía por Cuba no es incompatible con los sentimientos y compromisos hacia la Madre Patria y constantemente aluden a la terquedad del gobierno de Madrid en conservar su colonia.

El Heraldo, periódico semanal dirigido por José Joaquín Pérez Triana y Antonio Torres, desde junio de 1895 dio a conocer la muerte de Martí y otros hechos de la naciente guerra, entre ellos la presencia de colombianos en las filas del Ejército

42 Sesión reseñada en *El Correo Nacional* del 3 de septiembre de 1896.

43 Sesión del 2 de septiembre en los *Anales de la cámara*, p. 648, y *El Correo Nacional* del 3 de septiembre de 1896.

Libertador. En la sección fija "Por Cuba" prácticamente cada semana proporcionaba información tendiente, sobre todo, a la colaboración económica que fomentaba el semanario. Fue también el primer periódico que solicitó donaciones "para auxiliar a los patriotas cubanos heridos y enfermos", pidiendo que las consignaran en Miguel Samper e Hijos, lo cual desató la reacción gubernamental y el debate con *El Telegrama*, contrario a la causa de la libertad de Cuba, al igual que el *Diario Oficial* y *El Orden*. En 1897 no circuló y, cuando reapareció, ofreció más editoriales y noticias sobre Cuba, una biografía de Antonio Maceo e información sobre los *clubs*⁴⁴ colombianos de apoyo. Durante la guerra hispanoamericana, *El Heraldo* intensificó la información con ilustraciones y se pronunció a favor de los Estados Unidos.

Los Hechos salía tres veces a la semana, aunque de manera irregular, en Bogotá, dirigido por Julio Añez y Juan Ignacio Gálvez primero; al reaparecer en agosto de 1895, después de la guerra civil colombiana, publicaba los famosos "Kalogramas" o noticias recibidas por cables, y artículos, poemas y transcripciones del periódico *El Porvenir* de Nueva York. Ofreció resistencia a la neutralidad porque los tratados con España ataban al Estado colombiano. Así, el 30 de agosto de 1896 cuestionó la posición del ministro de Relaciones en el debate de la cámara y manifestó que no observaba la neutralidad porque en el *Diario Oficial* se publicaban informaciones sobre los combates en la isla a petición del ministro de España en Bogotá. El artículo titulado "Con todo respeto" dio respuesta en los términos siguientes a la queja del ministro español por la publicación de noticias favorables a los rebeldes cubanos:

El Sr. Ministro cumple con su deber de enajenar simpatías a la revolución de Cuba; nosotros, sin odio a España, cumplimos el nuestro al desear que Cuba llegue a ser República independiente; y créanos el Sr. Ministro: cada vez que se publica algún descalabro de los cubanos, lo que produce en el alma de casi toda la nación cubana es un sentimiento de hondísimo dolor.⁴⁵

Los Hechos también publicaron y elogiaron las acciones guerreras de Avelino Rosas en Cuba.

44 *Clubs* eran las asociaciones de emigrados que se crearon por inspiración de Martí en ciudades de Estados Unidos y en casi todas las repúblicas hispanoamericanas. En los textos de la época el plural es *clubs*, no *clubes*; por ello se respeta esta ortografía que corresponde a la denominación original.

45 *Los Hechos*, N° 458 del 20 de septiembre de 1896.

El Republicano, dirigido por Rafael Uribe Uribe, circuló solamente de marzo a julio del 96. Además de publicar noticias similares a las de los otros periódicos, su más valioso apoyo a los cubanos fue el profundo análisis de Carlos Arturo Torres en su extenso artículo titulado “Cuba en América” y la difusión de obras de Rafael María Merchán.

La Crónica, de circulación diaria, estaba dirigida por José Camacho Carrizosa y tuvo la colaboración de Carlos Arturo Torres. Desde su primer número, en enero de 1896, comentó la muerte de Antonio Maceo, exaltando su figura y afirmando que “la desaparición del Páez cubano es muy dolorosa pero no es la pérdida de la revolución”. *La Crónica* ofrecía más información de fuentes extranjeras y declaraciones de los políticos españoles y norteamericanos que *El Herald*. Publicó preferentemente noticias de las victorias cubanas y dejó valiosas informaciones para el futuro, como la relación de los periódicos dedicados a la causa de Cuba existentes en las demás repúblicas americanas, manifestando su dolor de que en Colombia no hubiera ninguno⁴⁶, junto con la relación total de los fondos recaudados por la Junta Central del Partido Revolucionario Cubano de Nueva York en año y medio (30 de julio de 1895 a noviembre 30 de 1896)⁴⁷. La fuente es fiable y, según ella, las sumas más altas procedían de las ciudades de Estados Unidos. Igual información ofrecía sobre *clubs* y donaciones en Colombia⁴⁸.

Ante los informes llegados por cables sobre la supuesta autonomía concedida por España, *La Crónica* publicó un ponderado editorial, “Gobernar no es resistir”, en el que consideraba la terquedad del gobierno de España, la pérdida de miles de jóvenes de la metrópoli y de su colonia y cómo, al fin, aquella había dado la autonomía que “los republicanos españoles y muchos liberales han venido pidiendo”, para concluir —en clara alusión al gobierno de Miguel Antonio Caro—: “Honda enseñanza entraña esta lección, que debería ser aprovechada en todos los tiempos y por todos los partidos”⁴⁹.

El apoyo no fue exclusivo de la prensa liberal. Entre las conservadoras ocupa primerísimo lugar *El Correo Nacional*. Con su director Carlos Martínez Silva, fue el primer periódico colombiano en expresar su simpatía por la independencia de Cuba,

46 *La Crónica*, 25 de abril de 1897.

47 *La Crónica*, 1º de julio de 1897.

48 *La Crónica*, 3 de junio y 7 de octubre de 1897.

49 *La Crónica*, 12 de febrero de 1897.

pues desde junio de 1895, al mes de iniciada la guerra cubana, se publicaron “Kalogramas” y cartas de Rafael María Merchán. En números siguientes aparecieron una crítica de Merchán a *El Telegrama*, abundantes noticias y gran publicidad al debate en la cámara por la proposición de Rafael Uribe bajo el título “Aplauso a Cuba”. Asimismo, se reprodujeron completos los discursos que en la sesión del 24 de agosto pronunciaron los conservadores Rufino Cuervo Márquez y Guillermo Valencia⁵⁰, junto con —ya bajo el título de “Cuba en la Cámara”— los discursos de ambos representantes conservadores en la sesión del 2 de septiembre y la votación sobre la proposición adversa a la de Uribe⁵¹.

Sin embargo, *El Correo Nacional* no publicó el discurso ni la reacción final de Uribe, bien por su gran extensión, bien por destacar más la actuación de los conservadores a favor de Cuba y no exaltar a Uribe. Otro discurso de Guillermo Valencia sobre Cuba salió días más tarde. Durante el año 1897 el periódico no se publicó y, cuando reapareció, abundaron la información y los editoriales sobre Cuba y la Guerra Hispanoamericana. Ante la inminencia del conflicto, *El Correo* publicó un interesante editorial sobre la importancia militar de las costas colombianas en caso de desatarse la guerra⁵². Los últimos números de 1898 son ricos en noticias y el diario manifestó su posición pro estadounidense.

El Repertorio Colombiano de Carlos Martínez Silva, aunque de carácter literario, científico y jurídico, además de colaborar con la circulación del suplemento *Colombia y Cuba*, que dirigía Rafael María Merchán, rindió homenaje al ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros y publicó análisis sobre la situación de Cuba y otros igualmente profundos de autores extranjeros, en especial sobre la Guerra Hispanoamericana en la sección “Crónica internacional”.

El Siglo, dirigido por Guillermo Valencia y Guillermo Calderón, participó en la solidaridad del pueblo colombiano y, bajo el título “La ofrenda de El Siglo”, expresó en 1896:

Hacemos hoy un paréntesis en nuestra vida de periódico electoral para enviar voz de simpatía a la causa de la libertad de Cuba. Poco se compadece, dicen algunos, la labor de un periódico que sirve intereses políticos meramente conservadores,

50 *El Correo Nacional*, 26 de agosto de 1896.

51 *El Correo Nacional*, 3 de septiembre de 1896.

52 *El Correo Nacional*, 21 de abril de 1898.

con esa exaltación de hechos que no revisten interés nacional y que no se rozan ni poco ni mucho con el asunto candidaturas. Carece de fuerza este razonamiento, verdad es que *El Siglo* ha sido fundado con un fin preciso, pero también es cierto que sus redactores no renunciaron ni renunciarán jamás a sus ideales americanistas, que son sangre de su sangre y responden a un instinto de raza y a una educación de pueblo libre.⁵³

Se advierte en este artículo un desconocimiento del significado del término *guerrillero* en la Cuba del siglo XIX, porque expresa que “la bandera de ayer de Colombia flamea hoy en manos del *guerrillero* cubano”. Y ya se sabe que durante la guerra se denominaba “*guerrillero*” al cubano que combatía en cuadrillas al servicio de España. Aunque, según el concepto actual, en la guerra de independencia cubana de 1895–1898 predominaron las condiciones de la guerra de guerrillas.

Todo el número 14, del 9 de marzo del 97, está dedicado a la independencia cubana, y en él se publicó un artículo de Valencia sobre Maceo al pie de un gran dibujo del héroe cubano muerto en un combate, junto con varios de Carlos Arturo Torres, Rafael Merchán, Gil Colunge, Luis Vergara y otros para honrar la memoria del Titán de Bronce cubano. Igual homenaje se rinde al héroe cubano en otros números de 1897.

En las capitales de departamento hubo numerosas publicaciones en pro de los cubanos: *El Espectador*, fundado y dirigido por Fidel Cano, de nuevo en circulación desde 1897, publicó la sección “Antioquia–Cuba”, mediante la cual se coordinaba y divulgaba la actividad de los *clubs* del Departamento de Antioquia. En varias números aparecieron bellos poemas sobre Cuba y su lucha libertadora, y el más estimulante apoyo lo dio su propietario y director en un consistente y extenso editorial, uno de cuyos párrafos dice:

Colombia no podría ver indiferente la suerte de los patriotas cubanos, sin pecar a la vez contra la justicia, contra la lógica y contra la gratitud que debemos a nuestros libertadores y contra las más triviales reglas de prudencia y previsión [...]. Hoy la prensa tiene alguna libertad para hablar, como a americanos cumple, de la santa insurrección cubana, y el óbolo con que a la República de la estrella solitaria que-

53 *El Siglo*, N° 14, 9 de marzo de 1897.

54 *El Espectador*, N° 317, 29 de mayo de 1897.

remos y debemos ayudar los colombianos, ya que no a llenar de metralla sus cañones, siquiera a restañar las heridas o a suavizar la agonía de sus héroes.⁵⁴

El Porvenir de Cartagena, nacido años antes como órgano de la Regeneración, era propiedad de Antonio Araújo y desde 1897 su redactor era Gabriel O'Byrne, quien había votado en contra de la proposición de Uribe un año antes. El periódico justificó la neutralidad del gobierno y no ocultó su admiración a España, pero en sus artículos criticó y lamentó "la ceguedad del ministro español Cánovas del Castillo". No obstante, reconoció que los sentimientos de los colombianos estaban con Cuba, ofreció abundantes noticias de procedencia tanto cubana como española e incluso reprodujo una proclama del general Avelino Rosas en Cuba. Una originalidad de *El Porvenir* de Cartagena fue la atención que prestó a la política de los Estados Unidos, manifestando su recelo sobre las intenciones futuras del poderoso vecino hacia la isla y España. Cuando se desató la Guerra Hispanoamericana, figuró entre los pocos periódicos que se solidarizaron con España y advirtió que Cuba permanecería bajo el dominio de los Estados Unidos.

Aunque los periódicos oficiales y partidarios del gobierno colombiano no deseaban la derrota de España y en 1898 se proclamaron abiertamente en contra de Estados Unidos, publicaron constantemente noticias sobre Cuba. La guerra de independencia primero y la hispanoamericana después se abordaban como asuntos de interés nacional. *El Nacionalista*, órgano del directorio del partido nacional, en artículo titulado "Cuestión de nombre", seguramente redactado por su director, Marco Fidel Suárez, planteó la impropiedad de la denominación Guerra Hispanoamericana, sustentado en argumentos lingüísticos y jurídicos⁵⁵. Para él, la denominación más apropiada era "Guerra Hispanoanqui". El término fue acogido por la mayoría de las publicaciones colombianas.

Otros periódicos de escasa duración y menor circulación informaron también sobre la independencia cubana y después sobre la "Guerra Hispanoanqui". Valgan de ejemplo, en Barranquilla, *La Herradura*, *La Voz de la Juventud*, *El Porvenir*, *El Ensayo*, *La Lucha*, *El Liberal*, *La Democracia* y *La Verdad*, éste fundado y dirigido por cubanos exiliados en esa ciudad. En 1897 y por poco tiempo, circuló en Bogotá un periódico con el nombre *Cuba*, bajo la dirección de Timoteo Morales, y al año siguiente otro con igual título en Cartagena, dirigido por el cubano Eugenio Quesada.

55 *El Nacionalista*, N° 118 del 4 de mayo de 1898.

Este último destacó la necesidad de la intervención de los Estados Unidos para poner fin a la dominación española en Cuba. Hacía coro a los que ingenuamente identificaban la independencia cubana con la entrada de los Estados Unidos en el conflicto.

La manifestación del pueblo colombiano

La prensa colombiana, con sus artículos, traducciones del extranjero y noticias, formaba opinión sobre la independencia cubana de acuerdo con los idearios y programas políticos de sus directores y editores. Pero, sobre todo, recogía y reflejaba un sentimiento masivo de los colombianos que se concretaba en asociaciones de apoyo moral y material a los cubanos en armas. Como magistralmente lo expresó el académico Gabriel Giraldo Jaramillo en 1953:

El conjunto de artículos, poesías, discursos, alocuciones y circulares en que el pueblo de Colombia manifestó su solidaridad con el destino de la nación hermana, constituye la más brillante antología panamericana que pueda presentar nación alguna; están allí representadas todas las clases de la sociedad, todas las opiniones políticas, todos los matices de la sensibilidad; son voces muy diversas que expresan un idéntico sentimiento de fraternidad, de solidaridad, de colaboración.⁵⁶

En este proceso de despertar conciencias y lograr apoyos, desempeñó un importantísimo papel el cubano *Rafael María Merchán*, quien residía en Colombia desde 1874, luego de huir de la persecución de las autoridades coloniales durante la Gran Guerra (1868–1878), y donde formó su hogar al casarse con la joven Lucila Cortés. Merchán era hombre de letras y disfrutaba de prestigio en Bogotá por su cultura intelectual, sus ensayos y, sobre todo, por la calidad de su crítica literaria. Fue secretario de la presidencia de Rafael Núñez hasta que éste abandonó el liberalismo, pero mantenía amistad con algunos políticos, entre ellos Reyes y Caro.

En 1895, Tomás Estrada Palma, delegado del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, lo nombró representante en Colombia, y Merchán empezó a publicar en *El Correo Nacional* y *El Heraldo* sus comentarios sobre las noticias de la gue-

56 Gabriel GIRALDO JARAMILLO, "Colombia y Cuba. Centenario de José Martí. 1853–1953", en: revista *Vida* (Bogotá: Minerva, 1953), p. 134.

rra que se recibían y una secuencia de artículos que formarían el libro *Cuba: justificación de su guerra de independencia*, que publicó en 1896.

La ayuda económica a los combatientes tropezaba con el obstáculo de la resolución oficial (de noviembre de 1895) que autorizaba solamente suscripciones o reunión de fondos para auxiliar a enfermos y heridos en el exterior bajo la inspección de las autoridades y con las necesarias seguridades de que se aplicaran exclusivamente al fin humanitario para el que se crearon. Para evadir el obstáculo, Merchán logró que el gobierno aceptara que dichos fondos se enviaran a la casa de comercio Camacho Roldán & Van Sickel, en Nueva York. A juzgar por la correspondencia de Merchán con el delegado Estrada Palma, el presidente Caro se hacía de la vista gorda aunque las presiones del ministro de España en Colombia eran frecuentes.

En 1897, Merchán publicó el folleto *Colombia y Cuba. Suscripción para auxilio de los enfermos y heridos del Ejército Libertador de Cuba*. Se trata del detallado y minucioso informe que envió a los donantes y a la Junta de Nueva York. El folleto reproduce la solicitud de un grupo de colombianos y la respuesta del ministerio de Gobierno negando la autorización de ayuda para insurrecciones. En el mismo año aceptó las páginas que le ofrecía su amigo Carlos Martínez Silva en *El Repertorio Colombiano* y, desde agosto de 1897 hasta abril de 1899, publicó el suplemento *Colombia y Cuba*. En él se leen poemas de autores cubanos, páginas de historia de Cuba, ensayos y editoriales del propio Merchán, correspondencia en información sobre la opresión colonial en Cuba y comunicaciones con la delegación del Partido en Nueva York.

Estas entregas de *Colombia y Cuba* y los periódicos estimularon y canalizaron la fundación de *clubs* de apoyo y recaudación de fondos para la independencia, similares a los que existían en los Estados Unidos y varias repúblicas centro y suramericanas. Los *clubs* tomaban su nombre de patriotas cubanos, y es en extremo llamativo que la mayoría se denominara *Club Maceo*, lo que demuestra la enorme admiración y la veneración de los colombianos hacia el héroe muerto en combate. Los homenajes y escritos sobre el Titán de Bronce revelan que su personalidad y sus hazañas guerreras eran bien conocidas; varios colombianos habían estado cerca de él en Costa Rica o en las campañas cubanas. Sucedió algo similar con Máximo Gómez y por ello algunos *clubs* tomaron el nombre del generalísimo. A Martí, en cambio, ya muerto se lo recordaba sólo en los círculos intelectuales latinoamericanos y de los exiliados cubanos. La gran figura atrayente en aquellos años de continuas luchas civiles en Colombia tenía que ser el militar arrojado y victorioso, inmortalizado por la muerte.

El Club Maceo de Bogotá fue fundado por los dirigentes liberales José Joaquín Pérez y Timoteo Morales, el 4 de mayo de 1897, y pronto se afiliaron al mismo varias personalidades liberales y conservadoras: Adolfo León Gómez, Julio Añez, Carlos Cuervo Márquez y Carlos Arturo Torres, entre los primeros. A sus reuniones, donaciones y acuerdos hizo eco la mayoría de la prensa capitalina. El logotipo del club era el escudo actual de la República de Cuba, con cuatro banderas no desplegadas al fondo. Este club actuó, de hecho, como comité o junta central de los demás *clubs* que se fueron fundando en el país, aunque su organización fue distinta de la que tuvieron en otras repúblicas hispanoamericanas.

El Club Máximo Gómez de Bogotá, presidido por Antonio Quijano Otero, fundó y dirigió una sociedad de beneficencia en la Universidad Republicana “con objeto de reunir recursos para nuestros hermanos de Cuba que han caído con vida en medio de la lucha” y enviar a Cuba el óbolo de los estudiantes⁵⁷.

El suplemento *Colombia y Cuba* y los periódicos bogotanos y de las poblaciones donde se constituyeron *clubs* dieron gran publicidad a las fundaciones, las reuniones, los acuerdos de solidaridad y los aportes económicos. Los clubs se multiplicaron por el territorio de Colombia: Cali, Santa Marta, Barranquilla, Cartagena, Tunja, Sogamoso, Girardot, Villavicencio, Abejorral, Bucaramanga, Chiquinquirá, Barbosa, Turmequé, Vélez, Jericó, Buenaventura, Barranca, Chinácota, Ocaña y otras ciudades o poblaciones más.

Conmueve la lectura de las listas de donaciones que escrupulosamente registraba y publicaba Merchán: un día de salario de los trabajadores, dinero de profesionales y hombres de empresa, joyas de damas ciudadanas, fondos de presbíteros de Pamplona, el producto de una función de acróbatas remitido por un empresario de Vélez. Y de la generosidad de los niños, entre otras, la colecta de los alumnos del colegio San Luis Gonzaga, de Cajicá, en un acto dedicado al Club Maceo, y la del colegio del Señor Cabrera, en Bogotá, donde los escolares acordaron sacrificar el pan del almuerzo y que ese valor total se enviara a Cuba.

Todo fue durante más de dos años expresión nacional de respaldo, solidaridad y ayuda material a los cubanos en lucha por su independencia. Con gratitud, Merchán las llamó “nobles manifestaciones del alma colombiana en favor de la isla mártir”.

57 *Manifiesto del Club Máximo Gómez a los estudiantes de la República*, 20 de julio de 1897. Hoja impresa en la Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán.